

Cruz y Corona

Estudio por W. D. Frazee 13 de septiembre, 1957

Nuestro texto esta noche es 2 Corintios 5:20, 21:

“Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” 2 Corintios 5:20, 21.

Quiero estudiar con ustedes esta noche, algunos vislumbres que Dios me ha dado de esta maravillosa verdad, tan vieja, sin embargo siempre nueva. Esta maravillosa verdad de nuestra salvación, nuestra aceptación en Cristo, y cómo la recibimos. Estudié con ustedes el viernes pasado, cómo debemos vez tras vez, sí, diariamente, ir a la cuneta profunda, al golfo de humillación, de reconocimiento que somos pecadores y débiles e indignos. Estudiamos esos versículos que describen nuestra condición natural:

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas; y perverso, ¿quién lo conocerá? Jeremías 17:9.

Y Pablo nos dice en Romanos:

“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” Romanos 7:18.

Así que no hay nada bueno en nosotros. Eso es cierto no solo debido a lo que hemos hecho, sino algo más profundo que eso. Es debido a lo que somos. Somos pecadores. No solo *hemos* pecado, *somos* pecadores. Esa es nuestra disposición natural. Esa es nuestra tendencia natural. Y no importa cuán buena sea la vida que hemos vivido ante otros; allá dentro hay semillas que, si germinaran, sorprenderían a todos a nuestro alrededor. Las semillas de pecado están en todos nuestros corazones y vidas. La disposición a pecar es universal.

Se cuenta que Wesley, aquel gran predicador que Dios usó por tantos años para contar los triunfos de su gracia, al caminar por algunos barrios de Londres y ver a un hombre en la cuneta, un pobre borracho, un pobre pecador, le dijo al que caminaba con él: “Si no fuera por la gracia de Dios, allí está John Wesley.”

Esa es la condición que cada uno de nosotros debe reconocer. No hay nada bueno en nosotros. No es debido a algo bueno en nosotros que no estamos confinados a una cárcel, o sufriendo en la silla eléctrica un castigo en este mundo, por el pecado. No. Es porque Dios en su infinita misericordia se ha aferrado a nuestros corazones hasta cierto grado, y por su gracia hemos entrado, hasta cierto grado, en las bendiciones de la salvación.

Pero quiero estudiar con ustedes, cómo podemos ir más allá con Dios en esta obra de salvación. Lo que quiero que vean esta noche, es, antes que todo, para qué es la cruz, y luego qué hay más arriba y más allá de la cruz.

Cuando Jesús fue a la cruz, él fue allí para nosotros. Fue allí para usted y para mí. La Biblia nos dice en este versículo que les he leído que él fue hecho pecado por nosotros. En otras palabras, cuando vamos al Calvario, vemos a Jesús siendo tratado como un pecador, sí, como el pecado mismo. No se puede ir más abajo que eso. Allí en la fosa del pecado, Jesús fue hasta lo más profundo.

Así yo pongo esta cruz aquí abajo, a la base del Pizarrón. Eso es lo más bajo que podemos ir. Jesús murió no solamente como un pecador, sino como el *más vil* pecador. Por eso es, recuerdan, que pusieron a dos ladrones para ser crucificados con él. La Biblia dice, uno a cada lado y Jesús en medio. El libro *El Deseado de todas las Gentes* dice que eso era para indicar que él era el criminal más grande de todos. Bueno, él estaba tomando el lugar del criminal más grande. Por supuesto, los que lo crucificaron no sabían eso, pero Dios sabía. Así que cuando Jesús fue a tomar el lugar del pecador, tomó el lugar del *peor* pecador para que ningún pecador, no importa cuán malo sea, pueda mirar al Calvario y decir: "Jesús no fue lo suficientemente bajo para mí." No.

Lo más que encontramos acerca de cuán pecadores somos, lo más que se nos revela la maldad natural de nuestros corazones; lo más que regresamos al Calvario, lo más que vemos a Alguien colgando del madero que toma nuestro lugar. Tal vez podría decirlo de la otra manera por un momento. Cuando vemos el sufrimiento que Jesús pasó, cuando vemos todo lo que aguantó para poder pagar la deuda de nuestros pecados, empezamos a discernir algo de cuán bajo hemos caído y qué malvados somos, porque él está tomando nuestro lugar.

Permítanme ilustrarlo así. Supongamos que usted recibe un cobro de la ciudad, y usted debe de ir y pagar un dinero. Al fin la presión es tan grande que usted tiene miedo que a menos que pague esa deuda, algo va a suceder. Pero no tiene dinero. Así que le pide a un amigo que tiene dinero. Y su amigo le dice: "Yo lo pagaré para usted, pero me gustaría que fuera conmigo."

Y usted se va con su amigo. Llega al lugar donde hay que hacer el pago, y él abre su billetera. Y empieza a contar el dinero. Usted había pensado que debía \$100.00, pero he aquí, ese hombre empieza a sacar de su billetera billetes

de cincuenta dólares y de cien dólares, y empieza a ponerlos sobre el mostrador, y los cuenta uno por uno, hasta que al fin ha puesto \$10,000.00.

Usted dice, “¡Pues no sabía que debía tanto! No tenía dinero, pero yo pensé que solo era \$100.00”

“No. Son \$10,000.00.”

“¿10,000.00?”

“Sí, \$10,000.00.”

¿Cuánto pagamos? No pagamos. Alguien más pagó. Pero solo porque alguien más pagó no debemos subestimar el precio. Y cuando nos damos cuenta que él pagó, cuando lo vemos pagando en la cruz, decimos: “¿Es así de malo el pecado? ¿En realidad debía yo esta cantidad? ¿Era yo así de pecador?”

Sí, eso es. Porque Jesús lo hizo para usted. Fue su lugar el que él tomó. Y recuerden esto: la razón por la cual él sufrió tanto fue porque usted merecía sufrir ese tanto. La razón por la que pagó tal precio fue porque ese era el precio que usted merecía pagar. La razón que él fue tratado como un gran pecador es porque usted es un gran pecador.

Así que mirando a la cruz aprendemos más claramente cuán profundo es la fosa de pecado, cuán grande es el golfo de transgresión.

A veces cuando nos sorprendemos a nosotros mismos y a otros por el pecado que brota en nuestras vidas – tal vez perdemos el control de nuestro temperamento, o tal vez alguien es encontrado en uno de los pecados más horribles, como los vemos nosotros, como robar y mentir o cualquier otra cosa terrible – el alma es cargada bajo un despertamiento de culpa. Entonces diremos: “Oh, yo no sabía que yo era así de malo.” Pero mis queridos amigos, cuando vamos al Calvario vemos que somos peor que eso.

Como les leí el viernes pasado, Pablo, al escribirle a Timoteo dijo:

“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” 1 Timoteo 1:15.

¿Soy el qué? “El primero”

Y en ese mismo versículo Pablo nos dice que esa palabra es digna de ser recibida. En otras palabras, sería bueno que ustedes aceptaran la misma palabra que Pablo dijo. Sería bueno que ustedes dijeran: “Cristo Jesús vino al

mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” 1 Timoteo 1:15.

Si ustedes se dieran cuenta acerca de ustedes, la mitad de lo que es verdad, se sentirían como los principales pecadores, porque no pueden saber acerca de otros toda la culpa y pecado que les corresponde a ellos.

Como un témpano de hielo a la deriva en el Atlántico Norte, la mayor parte del témpano está bajo de agua. Lo que se ve arriba del agua es solo una fracción. Así es con el ser humano, no me importa si está lleno de perfidia como Judas, si es un asesino como Hitler o Stalin, lo peor de cada uno de esos hombres no era lo que se miraba, las apariencias. Era lo que estaba abajo, lo que nadie sabía.

¿Puede ser posible? Sí. El pecado es algo terrible. Los pecadores están en una condición difícil. En un aprieto.

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas; y perverso, ¿quién lo conocerá?” Jeremías 17:9.

Y yo les digo, lo que va a despertar en nuestros corazones un sentido nuevo y más profundo de esta culpa y vergüenza que nos pertenece, que nos corresponde a nosotros, es mirar al Calvario y ver a Jesús allí, tomando nuestro lugar. El fue hecho pecado por nosotros. Fue tratado como nosotros merecemos.

Así al llegar al Calvario esta noche, me veo allí. Y repito, no se puede llegar más bajo que eso. Nadie puede llegar más abajo. Yo digo que lo más que uno mira al abismo, lo más profundo que se ve. Pero recuerden, la cruz va al fondo de ese abismo. Está plantada en las profundidades. No hay nada más allá, o más profundo.

No se ha encontrado todavía un abismo,
Más profundo que la cruz no alcance.

Así que el primer paso hacia la salvación es venir al Calvario e identificarse con esa víctima sangrante. Véase a usted mismo colgando de esa cruz. Véase a usted mismo como el que merece eso, y acepte el hecho que eso es todo para usted, en su lugar, que usted es así de malo. Y mis amados, me parece que si podemos ver eso, no nos preocuparemos mucho acerca de lo que otros puedan pensar de nosotros, sea verdad o sea falso. No nos herirán nuestros sentimientos, porque Dios sabe que somos mucho peor de lo que cualquiera pueda decir de nosotros, verdadero o falso. Estamos fuera de lugar si nos hieren nuestros sentimientos.

Es como ser acusados de robarnos un sello postal cuando nos hemos robado un millón de dólares. Así es. Y aun si el que nos acusa de robar el sello postal está equivocado, no debemos de ofendernos, si nos hemos robado un millón de dólares. ¿Correcto?

¿Qué puede ser más grande que este asesinato del Hijo de Dios? ¿Qué puede teñirse más oscuro que las manchas de pecado que costaron el sacrificio de la vida del Creador? Así que esta noche, como hemos cantado el himno, contemplemos la excelsa cruz en la que el Príncipe de gloria murió.

Y lo principal que estoy ansioso de que Dios haga para nosotros esta noche, antes que todo, en esta hora vespertina, es que cada uno de nosotros pueda identificarse con la víctima sangrante. Recuerdan que en el antiguo servicio del santuario, antes de que el cordero que el pecador había traído fuera muerto, ¿qué hacía el pecador con sus manos? Ponía sus manos sobre el cordero y ¿hacía qué? Confesaba sus pecados, transfiriendo así el pecado a aquel sustituto. El cordero era aceptado por él, la Biblia dice.

¿Qué sucedía con el cordero? El cordero moría. ¿Quién lo mataba? El lo mataba, pues era su pecado lo que hacía necesario que el cordero muriera. Dios quería que aquella gente se identificara con el sustituto sufriente. Eso es lo que quiere enseñarnos a ustedes y a mí. Quiere que vayamos al Calvario y veamos que esa cruz nos dice cuán pecadores somos, cuán malvados somos, y lo que merecemos.

Ese no es el fin de ello, gracias a Dios. El murió por nosotros para que nosotros pudiéramos morir con él, y él vive por nosotros para que podamos vivir con él.

Busquemos Romanos 6:8. Quiero que noten una cita allí:

“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él”
Romanos 6:8.

Son palabras sencillas, pero tan significativas. Noten:

“Si estamos”

¿Qué? “Muertos.” “Muertos con Cristo”

¿Dónde murió Cristo? En la cruz. Por eso Pablo dice:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado” Gálatas 2:20.

No solamente veo a Cristo muriendo allí por mí, me identifico con él, y digo: “Señor, tú estás muriendo por mí; yo muero contigo. Ese soy yo, el que

está muriendo.” Cuando Jesús murió, yo morí con él. Mi deuda fue pagada. Mi castigo ha sido cubierto. Estoy muerto a la ley. La ley me mira a través de Cristo y dice, Frazee está muerto. Ha pagado la pena. ¿Cómo la pagó? En Cristo. Cuando Jesús murió, se me fue contado como que yo morí.

“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él”
Romanos 6:8.

Jesús no se quedó muerto. ¿Verdad? Murió en la cruz. Lo bajaron y lo pusieron en la tumba de José. Y temprano en la mañana del primer día de la semana, el ángel vino de la gloria y rodó la piedra. Se oyó la voz de Gabriel: “Hijo de Dios, sal fuera; tu Padre te llama.” Y Jesús, el que había muerto en la cruz, y había estado en la tumba dormido, salió triunfante diciendo, “Yo soy la resurrección y la vida.”

¿Y después, qué hizo? Bueno, recuerdan que habló unas palabras con María. Al principio María no lo reconoció. Estaba llorando porque pensaba que él estaba ¿qué? Muerto, y que se habían llevado su cuerpo. María vino con las otras mujeres para ungir su cuerpo con especias, pero no podían encontrarlo. La tumba estaba vacía. Y entonces Jesús le apareció a ella, y cuando lo reconoció se adelantó para abrazar sus pies, pero él le dijo ¿qué? “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre” (Juan 20:17).

¿Me pregunto por qué dijo eso, “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre?”

Quiero leer algo acerca de eso. En *El Deseado de todas las Gentes*, en el capítulo “¿Por Qué Lloras?” está este comentario:

“Pero Cristo alzó la mano diciendo: No me detengas; ‘porque aun no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios’. . .

“Jesús se negó a recibir el homenaje de los suyos hasta tener la seguridad de que su sacrificio era aceptado por el Padre. Ascendió a los atrios celestiales, y de Dios mismo oyó la seguridad de que su expiación por los pecados de los hombres había sido amplia, de que por su sangre todos podían obtener vida eterna. El Padre ratificó el pacto hecho con Cristo, de que recibiría a los hombres arrepentidos y obedientes y los amaría como a su Hijo” *El Deseado de todas las Gentes*, página 734.

¿Ven por qué no recibió la adoración de María? No estaba listo todavía. “No me toques, María, porque aún no he subido a mi Padre.” No estoy listo todavía. Debo de ir a mi Padre.” ¿A qué? Aquí dice que él no quiso recibir el homenaje de su pueblo hasta que tuvo la seguridad de que su sacrificio era aceptado del Padre. Inmediatamente ascendió al cielo aquel día de la

resurrección, y regresó, y más tarde ese día fue adorado por las mujeres y los discípulos.

Yo quiero que piensen acerca de lo que sucedió en el cielo aquella mañana de resurrección. (Marquen ese lugar, y después les voy a leer algunas cosas sobre eso.) Jesús había venido de las profundidades más bajas, y fue exaltado hasta el lugar más alto. Estoy dejando que este círculo aquí represente el trono de Dios, el trono del universo. Yo quiero que vean cómo Jesús, quien había ido a las profundidades ascendió a ocupar el trono. Tuvo esta experiencia el día de su resurrección. La repitió el día de su ascensión. Y desde ese día en adelante, ha estado en el trono.

¿Recuerdan la promesa de Apocalipsis 3:21?

“Al que venciere, le daré”

¿Qué?

“Que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.” Apocalipsis 3:21.

¿Dónde está él? En el trono. ¿Puede usted subir más arriba que el trono del universo? No.

Pablo, hablando de la gran humillación en la que Jesús entró, y después la infinita exaltación que siguió, nos dice:

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” Filipenses 2:5, 6.

El era igual a Dios. El había estado allá arriba en el trono antes de eso:

“Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” Filipenses 2:7, 8.

Eso era el fondo. Ahora miren:

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla” Filipenses 2:9, 10.

El pasó desde lo más bajo a lo más alto. De la muerte en la cruz al trono del universo.

Todos sabemos eso. Lo que quiero que mediten conmigo es esto: así como él fue a la cruz para identificarse con nosotros, fue al trono para que pudiéramos nosotros ser identificados con él allá.

No pierdan esto, amigos. No lo pierdan. Lo quiero repetir.

No hay nada en este salón tan importante como lo que estoy dándoles. ¿Puedo pedir que todo ojo esté viendo para acá y todo corazón se una conmigo en meditar estas cosas? Dios me dice que a veces un niño puede desviar la atención de la gente en una congregación, exactamente en el momento cuando Dios está tratando de dar un mensaje que llegaría al corazón. Oh, puedo pedirles que se unan conmigo y el Espíritu Santo y los ángeles mientras Dios se digna darnos una gloriosa visión. ¿Orarán conmigo para ese fin, amigos? Oh, sí. Ahora quiero repetir lo que dije, porque algunos no lo escucharon.

Yo dije que Jesús fue a la cruz y se identificó con nosotros para poder ir al trono y que allí nosotros pudiéramos ser identificados con él. El compartió nuestra deuda para que pudiéramos compartir su vida. El compartió el castigo por nuestros pecados para que nosotros pudiéramos tener el gozo de aceptación plena, y hasta compartir el trono con él.

Ese es el propósito de todo. Recuerden, la única razón para esto, la cruz, era para que nosotros pudiéramos tener esto, el trono, la plena aceptación. Y lo que quiero que ustedes vean, es que Jesús no estuvo satisfecho con aceptar el trono hasta que estuvo eternamente establecido que podíamos compartirlo con él. Esa es la cosa.

Se los voy a leer:

“Jesús no quiso recibir el homenaje de los suyos hasta que supo que su sacrificio había sido aceptado por el Padre, y hasta que recibió la seguridad de Dios mismo de que su expiación por los pecados de su pueblo había sido plena y amplia, y mediante su sangre podrían ganar la vida eterna. Jesús inmediatamente ascendió al cielo” Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día, tomo 5, página 1123.

(Este es el día de la resurrección).

“Y se presentó ante el trono de Dios, mostrando en sus sienes, manos y pies las marcas de la vergüenza y la crueldad; pero se negó a recibir la corona de gloria y el manto real, y también se negó a recibir la adoración de los ángeles, como había rehusado el homenaje de María, hasta que el Padre indicó que su ofrenda había sido aceptada” *Ibíd.*

Jesús no estaba dispuesto a tomar la corona a menos que ustedes y yo pudiéramos tener la misma corona. No estaba dispuesto a sentarse en el trono a menos que usted y yo pudiéramos tenerlo con él.

“Además, tenía un pedido que presentar acerca de sus escogidos en la tierra. Anhelaba que estuviera claramente definida la relación que desde allí en adelante tendrían sus redimidos en el cielo con su Padre. Su iglesia debía ser justificada y aceptada antes que él pudiera aceptar el homenaje celestial.” *Ibíd.*

Hermano, ¿ha sido aceptado usted? Bueno, Jesús no estaba dispuesto a ser aceptado a menos que usted fuera aceptado. Eso dijo. ¿Para qué esperar? ¿Para qué esperar hasta llegar al cielo para disfrutarlo? ¿Qué dicen? ¿Entendieron lo que leí aquí?

Su iglesia debía ser justificada y aceptada antes que él pudiera aceptar el homenaje celestial. . . . Si él había de recibir gloria, su pueblo debía compartirla con él” *Ibíd.* Páginas 1123-1124.

Yo quiero que vean eso como una experiencia presente.

Busquemos ahora Efesios 2 y luego yo quiero que busquen Colosenses 3:1. Voy a leer Colosenses 3:1 y después Efesios 2:4. Quiero que vean que no solo hemos de estar muertos con Cristo, hemos de ser resucitados con Cristo y ascender con Cristo. Hemos de sentarnos con él en lugares celestiales ahora mismo:

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” Colosenses 3:1.

Leí en Romanos 6 que somos ¿qué con Cristo? Muertos con Cristo, pero aquí dice que ¿estamos qué? Resucitados con él. ¿Por qué quedarse en la tumba? Es un lugar sombrío. Jesús tuvo que pasar por ella, ¿pero para qué quedarse allí? Si estamos muertos con él, también hemos de vivir con él:

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” Colosenses 3:1.

¿Ha resucitado usted de los muertos? ¿Ha penetrado las sombras la gloria de ese ángel? ¿Ha oído el grito, “Hijo de Dios, sal fuera. Tu Padre te llama.”? ¿Ha sido aceptado? Ahora leamos Efesios:

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida” Efesios 2:4, 5.

Eso quiere decir que nos ha revivido.

“Juntamente con Cristo” Efesios 2:5.

Noten que nos dio vida juntamente con Cristo. Estamos muertos con Cristo. Somos enterrados con Cristo. Somos resucitados con Cristo. Pero ese no es el fin. Miren:

“Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” Efesios 2:6.

Amigos, ¿dónde están ustedes en este viaje? ¿Dónde están? ¿Han llegado a la cruz? ¿Han ido a la tumba? ¿Han experimentado la resurrección? ¿Han ascendido? ¿Se han sentado en el trono con él? ¿Aceptado?

¿Puede todo eso ser nuestro ahora? Sí. Eso es lo que dice:

“Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” Efesios 2:6.

Y la razón es:

“Que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó” Efesios 2:4.

Recuerdan que cuando aquel joven regresó al hogar desde el país lejano, y el padre salió corriendo al camino y se echó sobre su cuello, el padre no dijo: “Bueno, hijo, vas a tener que quedarte en la casa del perro por algunas semanas hasta que me demuestres que has cambiado.” ¿Verdad? El dijo, sacad ¿qué? “Sacad el mejor vestido y vestidlo.” ¿El mejor? Sí. El mejor en la casa.

Oh, amigos, yo creo esta noche que Dios quiere que seamos identificados con Jesús en el cielo, igual que aquí en la tierra, en la cruz. ¿Qué dicen?

Lo que quiero que vean es que Dios quiere que ustedes se vean como aceptados en el trono, y también como muriendo en la cruz.

Vienen en ese orden. La cruz debe venir primero. Y hasta que ustedes y yo vayamos a la cruz, y nos veamos a nosotros mismos muriendo allí por nuestras disposiciones miserables y nuestras terribles debilidades, no podemos experimentar la otra. Pero repito, ¿para qué quedarnos allí? No hemos de quedarnos allí. Hemos de levantarnos con Cristo. Hemos de ascender con Cristo. Hemos de sentarnos con Cristo, en el trono. Ahora, todo eso, en cuanto a nuestra parte se refiere, está hecho por fe.

Hace muchos años, cuando yo era joven y estaba en Loma Linda estudiando evangelismo médico, el Pastor Tindall me dijo, al salir de allí, que haría los arreglos para que yo fuera y le ayudara en San Francisco.

Bien, parecía más allá de cualquier cosa que yo pudiera hacer jamás. Me parecía demasiado maravilloso. No sabía si jamás sucedería o no. Solo oraba que si era lo que Dios quería, que él lo arreglara.

Y pasaron los meses. Pero recuerdo una mañana que estaba sentado en la yarda con un amigo, un estudiante de medicina; un mandadero vino de la oficina, y me entregó un telegrama. Jamás olvidaré la emoción que sentí en mi alma al leer: "Comité llama. Trabajar con Tindall en San Francisco." Estaba firmado por la conferencia de California en Oakland. Saben, mis amigos, ¡yo ya estaba allá! ¡En ese instante! Pero todo lo que tenía era un trozo de papel, eso era todo. Pero yo creí el telegrama, y creyendo, experimenté el gozo de ello y la emoción de todo en el momento. Si ustedes creen el telegrama, pueden entrar en el cielo hoy.

Es cierto que debemos ir al Calvario. Es cierto que debemos ver la ira de Dios contra la transgresión. Es cierto que debemos esperar mientras el Salvador de corazón quebrantado paga la deuda por nuestros pecados. Es cierto que debemos estar tristes por nuestra perversidad de naturaleza que costó tan gran precio. Pero yo les ruego, ¿para qué es? Es para llevarnos más allá, al trono, en la luz y gloria de la plena aceptación ahora, ahora, ahora.

Pero alguien dice: "Yo todavía no estoy allí."

¿No? ¿Cuándo va a llegar allá?

Alguien dice: "Cuando Jesús venga y vayamos con él en los carruajes."

Mis muy amados, si alguna vez llegan en cuerpo, llegarán en mente y alma primero. Si sus pies alguna vez caminan en esas calles, su fe los alcanzará aquí y ahora en este mundo. Nadie estará allá físicamente que no esté allá espiritualmente primero, y eso viene por fe.

¿Qué es fe? Fe es hacer lo que yo hice con aquel telegrama. Es creer. Yo lo creí. No lo dudé para nada. No tuve la menor idea de dudarlo. ¿Por qué habría de dudar? ¿Y por qué han de dudar ustedes la palabra de Dios? ¿Qué leí aquí?

"Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo; (por gracia sois salvos;) y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús"
Efesios 2:4-6.

¡Oh, aceptémoslo! ¿Qué dicen, amigos?

Ahora quiero que busquen Efesios 1:3. Quiero que vean cuánto tiempo Dios ha estado pensando acerca de esto. Oh, mis amados, Dios ha estado planeando esto por miles de años, tenerlos a ustedes allá en aquel trono. Escuchen:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” Efesios 1:3-6.

¿Lo ha hecho? Él dice que lo ha hecho. ¿Está aceptado? Bueno, mi amigo, ¿qué más puede obtener que ser aceptado? ¿Qué más puede obtener que eso? Así como no puede ser peor que aquel criminal clavado a la cruz, no puede conseguir nada más, nada más alto, nada más grande que ser aceptado a compartir con el Hijo de Dios todos los derechos y privilegios de ser hijo. Él le ha escogido para ser adoptado en la familia celestial.

Aceptemos. ¿Qué dicen? Por fe. ¡Qué cosa tan tonta, esperar algún sentimiento para confirmar un hecho como ese! ¡Qué tontería! ¡Qué irrazonable! Creamos la palabra de Dios y entremos en nuestros gozos de ser hijos y de ser aceptados. ¿Qué dicen, amigos? Y no esperemos. No nos pongamos a prueba por seis meses, para ver cuán bien podemos hacerlo. No; nos causará tensión nerviosa. Sí, le agotará. Relájese en los brazos de amor esta noche.

Alguien dice, “Usted no sabe cuántas veces he caído.”

Eso no es lo que estamos estudiando, cuántas veces ha caído. Es cuántas veces él ha tenido éxito. Tuvo éxito muriendo por usted y está teniendo éxito viviendo por usted. Y así como él le invita a contemplarlo compartiendo la muerte suya, él le invita a compartir la vida de él:

“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él”
Romanos 6:8.

Nos ha dado vida juntamente con él. Nos ha resucitado de los muertos. Por fe ascendemos con él al mundo de luz. Por fe compartimos aquel trono con él.

¿Qué piensa Dios de usted, de todas maneras? Pues lo ama como ama a su Hijo. ¿No lo puede creer? Bueno, mi estimado, si él no lo ama, usted no tiene nada. Porque esto es lo que quiero que vean, aquí en este punto. No hay

paso intermedio aquí. Esto no para en Marte o Saturno o Júpiter. Una de dos, usted está en la zanja, o está allá arriba en el trono, aceptado. Así es.

Hay algunas cosas que suceden gradualmente, pero esta no. La obra de la santificación es una obra progresiva, pero la obra de la justificación no es asunto de grados. Usted está ya sea justificado o no. Está aceptado o no. ¿Correcto? ¿Cuál de los dos es usted?

Si uno parara a pensar al respecto, es como pasar de la oscuridad a la luz en la luna. Usted sabe que en este mundo tenemos una atmósfera, así que obtenemos penumbra, pero en la luna no es así. Aquí mismo es tan oscuro como la medianoche, y allá es tan claro como el mediodía.

Así es este asunto de la justificación. Usted está ya sea bajo la ira de Dios como un pecador culpable, peor de lo que usted cree que es, o está parado en la luz de la sonrisa del Padre, mucho más gloriosa que su más brillante imaginación pueda concebir. No hay peligro de hacerlo demasiado, no hay peligro de exagerar. Es mejor de lo que usted pueda imaginar. Tomemos todo lo que Dios ha pagado. ¿Qué dicen, amigos?

Para terminar quiero leer unas pocas líneas del libro *El Deseado de todas las Gentes*, y después quiero oír sus ideas. Este es un bello cuadro de la ascensión de Jesús:

“Entonces los portales de la ciudad de Dios se abren de par en par, y la muchedumbre angélica entra por ellos en medio de una explosión de armonía triunfante.

Allí está el trono, y en derredor el arco iris de la promesa. Allí están los querubines y los serafines. Los comandantes de las huestes angélicas, los hijos de Dios, los representantes de los mundos que nunca cayeron, están congregados. El concilio celestial delante del cual Lucifer había acusado a Dios y a su Hijo, los representantes de aquellos reinos sin pecado, sobre los cuales Satanás pensaba establecer su dominio, todos están allí para dar la bienvenida al Redentor. Sienten impaciencia por celebrar su triunfo y glorificar a su Rey.

Pero con un ademán, él los detiene. Todavía no; no puede ahora recibir la corona de gloria y el manto real. Entra a la presencia de su Padre. Señala su cabeza herida, su costado traspasado, sus pies lacerados; alza sus manos que llevan la señal de los clavos. . . .Se acerca al Padre ante quien hay regocijo por un solo pecador que se arrepiente; que se regocija por uno, cantando. . . . Ahora declara: Padre, consumado es. He hecho tu voluntad, oh Dios mío. . . . Si tu justicia está satisfecha, ‘aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo.’

Se oye entonces la voz de Dios proclamando que la justicia está satisfecha” *El Deseado de todas las Gentes*, página 773-774.

Ahora por favor, escuchen la siguiente frase:

“Los hijos de Cristo, que trabajan y luchan en la tierra, son ‘aceptos en el Amado.’” *Ibíd.*

Exactamente lo que leí en Efesios 1:6. No dice que *serán* aceptados. Dice que *son* aceptados. Aceptemos nuestra aceptación. ¿Qué dicen, amigos? Hagámoslo.

Inclinemos el rostro.

Oh, precioso Jesús, esta noche te vemos, no solo colgando de la cruz por nosotros, sino ascendiendo al cielo y aceptando el trono para nosotros. Y como hemos escogido compartir tu cruz contigo, así escogemos compartir tu trono contigo, porque tú nos has invitado a hacerlo, y tú nos has dicho que esta es la razón para tu cruz. Tú viniste y tomaste nuestra deuda para que pudiéramos tomar tu vida. Así esta noche escogemos hacerte feliz siendo felices contigo. Oh, alabamos tu grande y glorioso nombre, y te damos gracias. Amén.

Copyright 2012 Derechos reservados.
Pioneers Memorial
PO Box 102, Wildwood, GA 30757
1-800-WDF-1840 /706-820-9755
www.WDFsermons.org